

San Juan Crisóstomo

Comentario

Tomado de Homilía 72

El respeto a los maestros

1. *Entonces*. ¿Cuándo? Cuando hubo dicho lo que dijo, cuando los hubo reducido a silencio, cuando los hubo obligado a no tentarle más, cuando hubo puesto bien patente que su enfermedad era incurable. Y como había hablado de Señor y Señor, nuevamente se vuelve a la ley. —En realidad, me dirás, la ley no dice nada semejante, sino: *El Señor Dios tuyo, un solo Señor es*. — Mas tened presente que la Escritura llama ley a todo el Antiguo Testamento. Mas esto lo dice Cristo para mostrar por todos los medios su absoluta concordia con su Padre. Porque, de haberle sido contrario, hubiera dicho también lo contrario sobre la ley; pero lo cierto es que manda se le tenga tanto respeto, que, aun siendo unos corrompidos los que la enseñan, hay que atenerse a ella. Mas si aquí habla de la vida y conducta de escribas y fariseos, es porque la causa principal de su incredulidad era la corrupción de su vida y su ambición de gloria. Corrigiendo, pues, a sus oyentes, más que sobradamente les manda guardar lo que es parte muy principal para la salvación, a saber, el no despreciar a los maestros y no rebelarse contra los sacerdotes. Y no sólo lo manda, sino que lo hace Él mismo. Porque, por más corrompido que estuvieran escribas y fariseos, no les quita el honor; lo cual era aumentarles a ellos su condenación, a par que no dejaba a los que habían de oírlos pretexto alguno para la desobediencia. No quería el Señor que nadie pudiera decir que, porque el maestro era malo, él era tibio y remiso. De ahí que Él corte ese pretexto. De tal modo, más bien, aun siendo malos, exalta su autoridad, que, después de tan grave acusación, dice: *Todo cuanto os digan que debéis hacer, hacedlo*. Porque no hablan de su propia cosecha, sino lo que Dios ordenó por medio de Moisés. Y advertid, por otra parte, cuán grande honor tributa a Moisés, mostrando una vez más su armonía con el Antiguo Testamento, como quiera que de Moisés hace venir el respeto que se debe a los maestros de la ley. Porque: *Sobre la cátedra— dice— de Moisés se han sentado escribas y fariseos*. Y es que, como no podía darles autoridad por su propia vida, se la da por lo que puede, es decir, por sentarse en la cátedra y ser sucesores de Moisés. Por lo demás, cuando oímos decir al Señor “todo”, no hay que entender absolutamente toda la ley antigua; por ejemplo, lo referente a los alimentos, sacrificios y cosas semejantes. ¿Cómo podía el Señor mandarnos ahora guardar lo que Él se había adelantado a derogar? “Todo” quiere decir todo aquello que corrige nuestras costumbres, que mejora nuestro modo de ser, que está de acuerdo con las nuevas leyes, que no nos somete otra vez al yugo de la antigua. — ¿Cómo, pues, no manda todo eso partiendo de la ley de gracia, sino de la de Moisés? —Porque, antes de la cruz, no era aún tiempo de hablar claramente de ello. Y, a mi parecer, otra cosa disponía el Señor de antemano al hablar de esa manera, y es que, como inmediatamente los va a acusar, no quiere

dejar a los insensatos la apariencia de que lo hace por ambicionar sus puestos, ni movido tampoco de enemistad, De ahí que quite ante todo esa apariencia y se libre a sí mismo de toda sospecha y pasar así a las acusaciones. —Y ¿por qué razón los reprende y les dirige seguidamente tan largo discurso? —Porque quiere preservar a las muchedumbres y evitar que caigan en los mismos vicios que sus guías y maestros. Porque no es lo mismo prohibir que señalar con el dedo a los que pecan; como no es lo mismo exhortar a cumplir el deber, como poner delante a los que lo cumplen. De ahí que prevenga a sus oyentes, diciendo: *Pero no obréis según sus obras*. No quería el Señor que pensarán que, porque tenían que oírlos, debían también imitarlos. De ahí que añada esa restricción, y lo que de primero parecía un honor, ahora se convierte en acusación, Porque ¿qué hay más triste que un maestro cuando la única manera de salvar a sus discípulos es que no se fijen en la vida de su maestro? De suerte que lo que parecía ser honor de escribas y fariseos, se les torna máxima acusación, como quiera que llevan una vida cuya imitación sería la perdición de sus oyentes. Esa es la razón por que el Señor los acusa ahora tan de propósito. Pero no es ésa sola. Quiere también hacerles ver que la incredulidad primera que con Él mostraron y la cruz que seguidamente le harían sufrir no fue por culpa de quien no fue creído y fue crucificado, sino culpa sola de la ingratitud de ellos.

Los que dicen y no hacen

Y mirad ahora por dónde empieza el Señor sus acusaciones y por dónde crecen las culpas de escribas y fariseos: *Porque dicen—dice—y no hacen*. No hay duda que quienquiera infringe la ley es culpable; pero nadie tanto como el que tiene autoridad de maestro. El maestro infractor merece doble y aun triple condenación. Primero, por el solo hecho de infringirla; segundo, porque, teniendo oficio de enderezar a los otros, es él quien anda cojeando, y su propio honor le hace merecedor de mayor castigo; y tercero, porque, obrando así contra la ley el que está en el orden de maestro, su ejemplo tiene más fuerza de corrupción.

Las cargas insoportables

Juntamente con eso, otra acusación lanza el Señor contra escribas y fariseos y es que son ásperos y duros con sus súbditos: *Porque atan—dice—fardos pesados e insoportables y los ponen sobre los hombros de los hombres, pero ellos no quieren tocarlos ni con la punta del dedo*. Doble maldad señala aquí el Señor: primero, exigir inexorablemente de sus súbditos la suma perfección de vida, y luego, permitirse ellos la más absoluta libertad. Todo lo contrario de lo que debe hacer el óptimo gobernante: ser para sí mismo juez inexorable y áspero, y benigno y blando para con sus súbditos. Escribas y fariseos hacían lo contrario.

Escribas y fariseos de ahora

2. Tales son todos los que filosofan de palabra, inexorables y pesados, como quienes no saben lo que es poner por obra la enseñanza. No es menuda

maldad ésta ni agrava como quiera la anterior acusación. Mirad, os ruego, cómo, en efecto, acrecienta esto la culpa de escribas y fariseos. Porque no dijo el Señor: “No pueden”, sino: *No quieren*. Tampoco dijo: “No quieren llevar esos fardos”, sino: *No quieren tocarlos con la punta del dedo*, es decir, ni acercarse a tocarlos siquiera. —¿En qué mostraban, pues, su fervor y energía? —En lo prohibido. *Porque todas sus obras—dice—las hacen para ser vistos de los hombres*. Así los acusa el Señor de vanagloria, que fue lo que los perdió. Su culpa anterior era de crueldad y tibieza; ahora se trata de su loca ambición de gloria. Ella fue la que los apartó de Dios; ella les hizo buscar otro teatro para sus luchas y los perdió. Porque es así que cuales son los espectadores que cada uno tiene, a ellos procura agradar y tales son también los combates que realiza. El que lucha ante valientes, combates de valentía acomete. El que tiene delante a gentes frías y apocadas, apocado se siente también él. Así, si el espectador que uno tiene es amigo de la risa, hay que hacer el cómico para darle gusto. Si el espectador es serio y dado a la filosofía, hay que hacerse el serio y el filósofo, pues tal es la actitud del que ha de alabar el espectáculo. Y mirad también aquí la gravedad de su culpa. Porque no es que hagan unas cosas así y otras de otro modo. No. *Todas sus obras—dice el Señor—las hacen por vanagloria*. Todas en absoluto.

Vanagloria en tonterías

Ya que el Señor ha acusado a escribas y fariseos de vanagloria, les hace ver seguidamente que su vanagloria no tiene siquiera por objeto cosas grandes y necesarias (ninguna, en efecto, tenían, yermos como estaban de buenas obras), sino frías y sin importancia, aquellas justamente que eran prueba de su propia maldad. *Ensanchan—dice—sus filacterias y agrandan las franjas de sus vestidos*. ¿Qué filacterias y qué franjas son éstas? Es que, como los judíos se olvidaban constantemente de los beneficios de Dios, les mandó Él que escribieran sus maravillas en pequeños rollos y que se los ataran a los brazos. Por ello les decía: *Estarán inmóviles ante tus ojos*. Tales rollos se llaman filacterias, a la manera que ahora muchas mujeres llevan colgados al cuello los evangelios. Y por que se acordaran de Dios por otro medio, lo que hacen muchos muchas veces, que, para no olvidarse de algo, se atan un hilo o una cinta al dedo, eso mismo, como a niños, les mandó Dios hacer a los judíos: que se cosieran en el ruedo de los vestidos un pedazo de color jacinto, junto a los pies, a fin de que, al verlo, se acordaran de los mandamientos. Es lo que se llaman franjas. En esto, pues, mostraban ellos todo su fervor, ensanchando las membranas de los rollos y agrandando las franjas de los vestidos. ¡Suma y pura vanidad! Porque ¿a qué ese empeño en dilatar esas membranas? ¿Es ello acaso obra buena tuya? ¿Es que te valen para algo, si no sacas el provecho a que se ordenan? Lo que Dios busca no es que ensanches y agrandes filacterias y franjas, sino que te acuerdes de sus obras. Porque, si no hay que buscar gloria en la oración y el ayuno, obras trabajosas y que, al cabo, son nuestras, ¿cómo tú, judío, te enorgulleces de eso, que más bien acusa tu negligencia?

Los primeros puestos

Mas escribas y fariseos no sufrían de vanagloria sólo en esas cosas, sino en

otras también tan sin tomo como éstas. *Porque quieren—dice el Señor—el primer diván en los banquetes y las primeras sillas en las sinagogas y que los saluden en las plazas y los llame la gente "Rabbi"*. Todo esto, que parecen minucias, es causa de grandes males. Estas minucias han trastornado a ciudades e iglesias. A mí me vienen ahora ganas de llorar al oír hablar de primeras sillas y de saludos, pues considero cuán grandes males se han seguido de ahí a las iglesias de Dios. No hay por qué os lo explique aquí a vosotros ahora y, por otra parte, los que son viejos no necesitan enterarse de ellos por nosotros. Y considerad, os ruego, dónde se dejaban dominar de la vanagloria: allí donde se les mandaba vencerla, en las sinagogas, adonde entraban para instruir a los demás. Porque tener vanidad en los convites, no parece, hasta cierto punto, tan gran mal, si bien el maestro aun en los convites ha de ser admirado. No sólo en la iglesia, sino en todas partes. Por que al modo que el hombre, dondequiera que aparezca, es diferente de los animales, así el maestro ha de manifestarse maestro tanto cuando habla como cuando calla, cuando come o cuando hace otra cosa cualquiera. Su andar, su mirar, su talle, todo, en una palabra, ha de mostrar quién es. Ellos, empero, eran en todas partes ridículos, se cubrían dondequiera de oprobio, afanosos de buscar lo mismo que habían de huir. *Porque aman—dice—los primeros puestos*. Y si el amor es culpa, ¿qué será el hacer? ¿Qué mal no será andar a caza de esos puestos y no cejar en el empeño hasta alcanzarlos?

La ambición de mando, causa de todos los males

3. Ahora bien, en todo lo demás, como cosas menudas y sin importancia, el Señor se contentó con acusar a escribas y fariseos. Sus discípulos no necesitaban que también sobre ello se les corrigiera; mas ahora que habla de lo que era causa de todos los males, es decir, la ambición de mando y el afán de arrebatarse la cátedra de maestros, eso sí lo saca a la pública vergüenza, lo corrige con extraordinario empeño y sobre ello da también a sus discípulos los más enérgicos mandatos. Porque ¿qué les dice? *Mas vosotros no os llaméis maestros*. Y seguidamente la razón: *Porque uno solo es vuestro maestro*. Y todos vosotros sois hermanos. Y nadie tiene nada más que otro, en cuanto nadie es nada de suyo. De ahí que Pablo dice también: *¿Qué es Pablo? ¿Qué es Apolo? ¿Qué es Cefas? ¿No son ministros de aquel en quien habéis creído?* Ministros dijo, no maestros. Y prosigue el Señor: *No llaméis padre a nadie*. No porque realmente no lo hubieran de llamar, sino por que supieran a quién habían de llamar propiamente padre. Porque así como el maestro no es maestro por sí ni originariamente, así tampoco es padre el padre. Él es principio de todos, de padres lo mismo que de maestros. Y nuevamente añade: *Ni os llaméis tampoco directores, porque uno solo es vuestro director o guía: el Cristo*. Y no dijo: "Yo". Porque así como más arriba dijo: *¿Qué os parece del Cristo?* Y no: *¿Qué os parece de mí?*; así hace también aquí. Con mucho gusto preguntaría yo ahora qué pueden responderme esos que tantas veces aplican las expresiones de "uno solo" y "uno solo" al Padre solamente con el fin de anular al Unigénito: ¿Es guía el Padre? Todos dirán que sí y nadie podrá contradecirlo. Y sin embargo: *Uno solo es—dice—vuestro guía, es decir, el Cristo*. Luego, como decirse Cristo el solo guía no excluye al Padre de ser también Él guía, así tampoco que el

Padre sea dicho el único maestro no excluye que lo sea también Cristo. Porque “uno solo” se dice por contraposición a los hombres y al resto de la creación.

Contra soberbia, humildad

Ya que el Señor les ha prohibido la ambición de primeros puestos, ya que los ha curado de esta grave enfermedad, enséñales seguidamente cómo han de huirla por medio de la humildad. De ahí que añada: *El mayor entre vosotros, sea vuestro ministro. Porque todo el que se exaltare, será humillado, y todo el que se humillare, será exaltado.* Nada hay comparable a la humildad; de ahí que el Señor está continuamente recordando a sus discípulos esta virtud. Cuando puso en medio de ellos a unos niños pequeños y ahora; cuando proclamó las bienaventuranzas, por la humildad empezó, y ahora de raíz arranca el orgullo diciendo: *El que se humillare será exaltado.* Mirad cómo lleva el Señor a sus oyentes a lo diametralmente opuesto. Porque no sólo prohíbe ambicionar los primeros puestos, sino que manda buscar los últimos. Así—parece decirnos—alcanzaréis vuestro deseo. De ahí que quien desee los primeros puestos, ha de ponerse en el último lugar. Porque: *El que se humillare será exaltado.*